

entusiasmo acaso sólo comparable con el silencio más generalizado, y ya no sólo entre los sectores de vieja guardia universitaria (de tan discreto encanto), sino incluso entre un progresismo nuestro de andadura más restrictiva, fiel y clásica. A unos y a otros les molestaría su manera excesivamente personal y libre de expresarse, cuando no, tal vez, el acto mismo de expresarse. Porque se da en él (aplicándole una frase de Baroja, con mayor justicia) una manera de respirar que no es ciertamente la tradicional. García Calvo es un descolocado, tal vez lo único sensato en este país, aunque ello no obste un compromiso el suyo bien definido, la incierta situación del exiliado en su doble e insobornable actividad de intelectual y de político militante. Es un descolocado que no acierta por fortuna a instalarse ideológicamente y prefiere, en cambio, detectar y vivir sin un excesivo equipaje de prejuicios el presente. Tal vez el mayor de sus mensajes radique en decirnos que no hay tal mensaje, que la verdad es la otra cara del error, el fuego fatuo que nos suspende y aleja de nosotros, también lo que día a día se vende por ahí en los mercados del mundo.

Hará cosa de un año me llamó la atención el tono personalísimo de dos panfletos suyos de París que, aunque no sea por su contenido precisamente, veo de algún modo hoy como bocetos después desarrollados de *Lalia*,<sup>1</sup> objeto del presente comentario. Se subtitula esta obra «Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad»: libro difícil, luminoso y a ratos enrevesado en una primera y aun segunda lectura, unitario y a la vez heterogéneo en sus materiales, sabio, gesticulante y comunicativo, sumamente proyectivo y estrictamente nuevo. Lo nuevo no le exime de parentescos posibles (de los sofistas griegos a la moderna lingüística). Pero su pensamiento no suena nunca derivativo o colonizado, como parece ser regla fatal entre nosotros para este tipo de obras, seguramente porque en García Calvo va aquél enriquecido de muy personales experiencias (así, por ejemplo, el ambiente y el estilo de subversión moral universitaria de París del 68) y un sentido juvenil, proteico y como enamorado de la vida.

Espero no incurrir en vicio escolástico si anoto que el libro de García Calvo me interesa tanto por lo que dice como por la manera de decirlo. Y no porque sean dos aspectos distinguibles (García Calvo no es uno de esos escritores, digamos, de cintura para arriba), sino para aludir de algún modo a sus reservas desconfiadas (de ahí en parte sus travesuras lingüísticas), a la repetida disculpa del autor respecto al posible tono *afirmativo* de su libro. «No deseo persuadir de nada, sino disuadir... de toda especie de verdad» (pp. 344-5). Su función, afirma en otro lugar, es colaborar al *desencantamiento* de sus lectores, tarea ésta que me recuerda

## Reseña sobre LALIA

---

### AGUSTIN GARCIA CALVO: UN NUEVO MODO DE DISCURSO

---

Supongo que pocas figuras como Agustín García Calvo serán capaces de despertar entre nosotros tanto entusiasmo a una minoría de lectores,

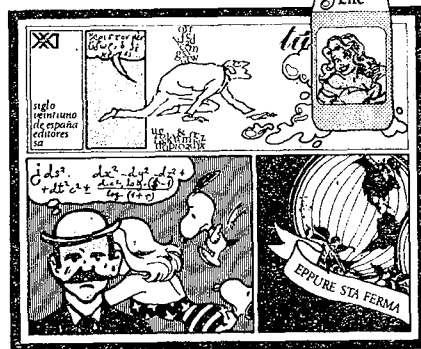
aquella memorable definición negativa que dio Wittgenstein de filosofía, como una batalla contra el encantamiento de nuestra inteligencia ocurrido por los medios del lenguaje. Pero dicho desencantamiento sería vano si no evitara el reincidir en otro posible encantamiento —mediante una nueva verdad—, «el riesgo de decir la segunda parte del libro, aquella inútil y positiva que no debe decirse nunca» (p. 184). *Lalia* se abre con un epigrama como lema, donde se alude al símil de Penélope, tejiendo y destejendo sus propios engaños, a propósito del uso incierto, peligroso y engañador de las palabras. Y en una de esas sabrosísimas digresiones de su discurso desconfía de aquella poesía de denuncia radical (fácil es asociarla con la social nuestra de los años cincuenta), «objeto tan sólo de una aceptación teórica o puramente racional», que «al reincidir de este modo en la escisión entre acción y teoría constitutiva del Estado, estará colaborando a la perpetua construcción de la mentira» (p. 335). Porque también el libro (y, por supuesto, no sólo el llamado de evasión) es un objeto de consumismo cultural, sujeto a la contradicción misma de la escritura, entre lo que hace y lo que dice. Es éste un motivo de reflexión y autocrítica, más o menos implícito en *Lalia*. Hay o no posibilidad de una crítica no asimilada a la estructura misma del mundo, es una pregunta cuya respuesta deja García Calvo como en suspenso mediante el uso de un lenguaje interrogativo o negativo —esa alarma de las mayúsculas, esos trucos retóricos porosos de humor, etc.— con que continuamente parece anular la pretensión de su decir.

*Lalia* entraña una denuncia de la sociedad desde el lenguaje, a través del análisis de varios aspectos —elegidos, entre otros posibles, a manera de *exempla*— de las relaciones entre una y otro. Su indisolubilidad (tan bien y gráficamente formulada mediante una suerte de capítulo recordable, *Cosas y palabras, palabras y cosas*, que debe formar una cinta de Moebius), indisolubilidad puesta habitualmente en entredicho en nuestro mundo racionalista, es el fundamento de su crítica. Pero si la pretendida dualidad entre lo social y lo lingüístico —la otra cara de la crónica escisión nuestra entre pensamiento y praxis— constituye el tema central del libro (según se explicita en la introducción), sería vano buscar en los trece capítulos de *Lalia* un desarrollo lineal de esto, como vano sería intentar un guión o resumen siquiera aproximativo de su contenido a través de unas premisas únicas. Porque *Lalia* se afirma y sostiene como libro abierto (y no es éste el menor de sus méritos). Resumir, disecándolo, sería incurrir en otro divorcio, otro indicio más de nuestra conciencia separada; contra la que tan lúcidamente, desde dentro, apunta el libro.

García Calvo suele partir de una dualidad socio-lingüística cualquiera,

## Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad

Agustín García Calvo



276 Agustín García Calvo  
completo de las posibilidades gramaticalmente formulables y proscribas:

		SUJETO SINGULAR
1) Se muerde la cola	}	(Reflexivo)
2) Le muerde la cola		(No reflexivo)
3) Les muerde la cola	}	(Reflexivo y no reflexivo o indiferente a la cuestión de reflexividad)
4) *Se+le muerde la cola		
5) *Se+les muerde la cola	}	(Reflexivo múltiple)
6) Se muerden la cola		(Recíproco)
7) Se muerden la cola	}	(No reflexivo ni recíproco)
8) Le muerden la cola		
9) Les muerden la cola	}	

X. \*Nos amo, \*me amamos

277

		10) *Se+le muerden la cola	}	(Reflexivo y no reflexivo o indiferente a la cuestión de reflexividad)
		11) *Se+fer muerden la cola		
		12) *Se+le muerden la cola	}	(Recíproco y no recíproco o indiferente a la cuestión de reciprocidad)
		13) *Se+fer muerden la cola		
		14) *Se+se muerden la cola	}	(Reflexivo y recíproco al mismo tiempo o caso de confusión entre reflexividad y reciprocidad)

14. Como se ve, lo que está prohibido es la formulación, en una misma predicación, al mismo tiempo, de la relación reflexiva (o recíproca) y de la relación con el Objeto "externo" (como también la relación reflexiva y la recíproca al mismo tiempo). Ahora bien, ¿cuáles son las correspondencias establecidas entre el campo no personal y los campos de Primera y de Segunda personas, tales como se aplicarían a los esquemas anteriores? Veamoslas en el siguiente cuadro:

	PRIMERA PERSONA	SEGUNDA PERSONA
1) Se muerde la cola	Me muerdo la cola	Te muerdes la cola
2) Le muerde la cola	Le muerdo o le muerdo la cola	Le muerdes o me muerdes la cola

o de dos claves aparentemente incompatibles, y buscar desde ahí sus implicaciones. Sus ilustraciones y sus incisos son otros tantos motivos para mirar y enjuiciar críticamente el mundo entorno, nuestra endurecida realidad social. Las contraposiciones usuales Grecia/Roma y lengua/cultura serán hilo conductor del capítulo *Apuntes para una historia de la traducción*; la vieja antítesis griega λόγος/ἔργον —entre lo que es de palabra y lo que es de veras—, punto de partida para el ensayo *Sobre la Realidad, o de las dificultades de ser ateo*; y la cuestión de la interioridad y exterioridad de la locura, el eje del titulado *Estar en la luna, o sobre las funciones de la mística y la magia* (por citar sólo tres de sus capítulos más fascinantes y reveladores, junto con el IV, *De la génesis del Fin y de la Causa*, y el X, donde considera la interdicción lingüística *Nos amo, me amamos*). Este procedimiento indirecto, o si se quiere como de parábola, le permite abrir el radio continuamente, pluralizar su contenido (pasando del examen de la intersubjetividad al comentario de las falacias de un texto económico o de una campaña de publicidad, o a revisar la mismísima teoría de los colores) y, a otro nivel acaso más importante, ilustrar así, en paralelo, lo que constituye la base de su denuncia: el hecho de que la situación lingüística real imponga a todo hombre una concepción dual de las cosas y le exija «a la vez que la común aceptación de ambas, la prohibición de su uso simultáneo» (p. 291). El sentido último de sus aporías y de sus juegos verbales (de raíz sofista, tan presentes ya en su poemario *Sermón de ser y no ser*) tal vez estriba en su admirable propósito de desmontar esa imaginaria identidad del Ser, nuestro emblemático concepto de persona; porque «en tanto que el mundo tenga que seguir creyendo en sí, o yo en mí..., el Ser, bajo nombre de Dios u otro, mantendrá su imperio y nada habrá cambiado» (p. 172).

LUIS MARISTANY

<sup>1</sup> *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad*. Siglo XXI de España editores. Madrid, 1973.